

Carina Paz

EL HOMBRE DE LA INFANCIA

a Francisco J. Pott,
mi abuelo

Cuando la intemperie me abraza de rodillas
y reseca la napa de memoria en que resido
regreso con mi huésped desprovisto hasta el hombre de mi infancia,
al íntimo mesías de mirada cansina y manos perdurables.
Regreso y abrazo su forma visceral de ser silencio,
pródigo en ritos cotidianos que me habitan como una luz sin patria.
Hombre de frente alta y atávicos fantasmas,
cómo saber entonces tu constelación de amor,
tu irremediable desierto, tu sed intacta.
¿En qué vértice de tu latir estoico librabas tu batalla de sangre
encadenada
a la orfandad de la noche?
¿En qué patíbulo infinito desgajabas tu otoño de milagros?
La niñez hechó raíces en la piedra que horadabas
y juntas hemos amortajado el verano y su ausencia implacable.
Aprendimos a sepultar las máscaras que no conceden reposo
para que perdure el espesor de tu brújula profética en cada atardecer del
alma.
Habitante remoto de mis días pequeños, mito constante,
siento el abordaje de tu sangre en mi cuerpo
y en comunión de vértigos sectarios
ardemos al tiempo de una misma hoguera.
Intuyo que era tu forma de conquistar el fuego.
Una porción de mí murió junto al eclipse de tus huesos lentos,
en las diagonales sonámbulas cuando violaron tu frontera de ser
sobre el altar de tus brazos
mientras desertabas tu páramo de tréboles malignos.
En los estertores de mi noche sostengo tu esencia entre mis manos,
la abrazo como a un camafeo
y guardo anclado tu rostro de ceniza en mi bitácora de luces que
naufragan.
Prófugo al fin de fauces y presagios
en mi claustro sagrado te nombro como una plegaria.

DESERTORES

Has llegado sin luna y sin guarida junto a la fatiga de habitarnos,
de irradiar una vez más a sangre abierta ese aullido que confirme
que la muerte sigue intacta.

Y en esa despoblada eternidad que encausa el estigma de ser hombre
me pregunto quién fraguó esta identidad de nacer sin concesiones.

Has llegado como un ladrón de espejos
y apelando a la locura y al delirio de la sombra
nos despojas de ese pequeño espacio de libertad
que proyecta nuestro pulso sobre la oscuridad del breve instante que
aniquila.

Has llegado hasta aquí para quedarte.

Ya no es posible cubrir de lumbre esta llanura sin nombre ni destino
ni recompensar las aguas del asombro para aquellos ojos en absorta desmesura.

Hoy apenas somos una isla de ángeles
que desertaron de nuestro propio cuerpo
abandonándonos a una palabra hecha de olvido.

De aquel tiempo de luz sólo hemos dejado una fiesta de huesos.